

Arturo Ardao: *La filosofía en el Uruguay en el siglo XX*. Fondo de Cultura Económica, México, 1956, pp. 134-138.

EMILIO FRUGONI

1 PERSONALIDAD Y OBRA. En la personalidad múltiple de Emilio Frugoni (1880), lo filosófico ocupa un puesto secundario. Abogado y catedrático de derecho, poeta de rica producción, ensayista literario, político y social, veterano leader del partido socialista uruguayo, con una intensa vida de acción, sólo ocasionalmente -llevado por exigencias teóricas de su militancia marxista- ha incursionado en el campo de la filosofía.

Su interpretación del marxismo se mueve en la dirección que, con cierto convencionalismo, puede llamarse idealista, característica de ciertas tendencias clásicas de la Segunda Internacional. Tiene el interés de concurrir a expresar en nuestro país la conciencia filosófica de un sector popular, a la vez que de ciertos círculos intelectuales y universitarios, no forzosamente vinculados al partido socialista...

Bajo su aspecto de idealismo axiológico, con prescindencia del fundamento materialista último, esta modalidad del marxismo ha tenido, de hecho, muchos puntos de contacto con la corriente nacional que hemos llamado filosofía de la experiencia. Los conocidos vínculos espirituales de Frugoni con la personalidad y la obra de Vaz Ferreira son, a vía de ejemplo, un índice de esa afinidad, como lo es también, en otro orden, la acción en este siglo del tradicional Ateneo de Montevideo. Todo ello sin perjuicio de la autonomía filosófica y las escasas manifestaciones doctrinarias de esta posición materialista.

La producción bibliográfica de Frugoni es muy vasta. Mencionaremos sólo algunos títulos de interés en la faz en que aquí se le considera: *Los impuestos desde el punto de vista sociológico* (1915); *Los nuevos fundamentos* (1919); *Ensayos sobre marxismo* (1936); *Génesis, esencia y fundamentos del socialismo* (1947). Esta última obra fue elaborada en Moscú, en ocasión de ejercer Frugoni la representación diplomática del Uruguay en la Unión Soviética.

2. ESPÍRITU E IDEAL EN EL MATERIALISMO HISTÓRICO. En el volumen *Ensayos sobre marxismo*, importante contribución a la literatura del materialismo dialéctico, se halla lo más significativo de Frugoni en el orden filosófico. Comprende tres ensayos. A cada uno corresponde un tema propio. Pero son coincidentes en destacar, dentro de un criterio que quiere ser de interpretación ortodoxa del pensamiento de Marx, la importancia del espíritu en la explicación económico-materialista de la historia.

El primero se titula “El determinismo del hambre”, y versa sobre la doctrina del biólogo español Turró, que hace radicar en el hambre el origen del conocimiento. La relaciona Frugoni con el materialismo histórico. Después de exponerla, expresa:

La posición que en esta teoría realista ocupan el hambre y la función nutritiva en relación con las manifestaciones y desarrollos intelectivos del animal, sienta un determinismo trófico que me parece, dentro del terreno biológico, un equivalente del determinismo económico en el terreno social. Esa posición guarda alguna semejanza desde cierto punto de vista, con la que ocupan los actos fundamentales de la vida material y especialmente la económica, en las concepciones del desenvolvimiento histórico que hacen surgir o derivar de esos actos la evolución social con su conjunto de expresiones morales e ideológicas, con su atmósfera espiritual correspondiente.

Aunque la teoría expuesta sobre el origen del conocimiento y de la inteligencia sólo se refiere al ser orgánico y a fenómenos de la biología y psicología individual, puede verse, sin incurrir en hipótesis organicistas de la sociedad y menos en confusiones de la fisiología con la sociología, cierta similitud siquiera sea de tendencia entre el criterio científico con que han sido encarados y resueltos los respectivos problemas en esa teoría y en las concepciones materialistas de la historia.¹

Fundamenta a continuación, con variedad y amplitud, y a través de enfoques principalmente sociológicos, el paralelismo así establecido. Encuentra una armonía esencial entre el determinismo trófico y el determinismo económico. Sus conclusiones se resumen de esta manera:

Toda la historia humana se tiende desde el hambre hacia su incesante satisfacción... Hambre del organismo animal al principio; hambre de la vida social después; hambre del espíritu más adelante. Producir alimentos para la primera; producir elementos de convivencia y civilización para la segunda; producir artículos de belleza, frutos del saber, floraciones de cultura para la tercera.²

El segundo ensayo se titula “El factor espiritual en el materialismo histórico”. Contiene la tesis esencial del volumen. No se trata de un revisionismo, ni menos de colocarse “más allá del marxismo”, como De Man. Se trata de mostrar el reconocimiento que el propio Marx hizo del expresado factor espiritual. Así:

Sea cual fuere el papel que Marx haya querido asignarle a la técnica, al *outillage*, al instrumento, al útil de trabajo, y en general a toda fuerza o elemento capaz de modificar el grado de productividad humana, en la determinación de la vida social, nunca pudo haber prescindido de la

¹ *Ensayos sobre marxismo* (Montevideo, 1936), pp. 29-30.

² *Ibidem*, p. 63.

intervención en ella de las inspiraciones generosas o desinteresadas del espíritu, ni nunca pudo haber desconocido que la utilización de las fuerzas productivas, a veces las fuerzas mismas y con ellas la técnica de la producción, el propio útil de trabajo, por rudimentario que sea, como lo dijera Justo, son una síntesis del espíritu y la materia; obra del ingenio del hombre con la cual el hombre actúa sobre la materia -incluso la materia social- y al actuar sobre ella influye de rechazo sobre su propio espíritu.³

Se pregunta más adelante: “¿El espíritu, es todo él, la obra exclusiva de los factores materiales y especialmente del económico?” Contesta, en un pasaje capital:

En los primeros tiempos de la humanidad la sumisión del espíritu a la materia es absoluta. La llama de razón, de pensamiento, de idealidad, de sensibilidad moral que el hombre lleva dentro de sí es todavía demasiado pequeña, o no ha nacido aún, para que logre alzarse sobre el tronco animal de donde brota. Su dependencia de las cosas materiales y de la vida fisiológica es completa. Pero a medida que la personalidad moral se fortifica y ahonda, esa dependencia se hace menos directa y estricta. El espíritu va siendo cada vez menos la chispa directamente brotada del roce de la fisiología con la materia, de las necesidades físicas del hombre con la realidad circundante, para ser cada vez más un producto complejo de múltiples factores, entre los cuales no son por cierto insignificantes los de carácter moral: las ideas, las creencias, las teorías, las doctrinas. Y éstas, si bien surgen en planos de la vida humana condicionados, *en último análisis*, por la evolución económica, obran a su vez sobre ésta, porque los efectos son causas de otros efectos en el encadenamiento a que la ley de la evolución -que Marx no niega- somete todo el devenir universal.

Estos factores son productos y movimientos del espíritu, que a su vez lo mueven. La llama se ilumina a *sí* misma. Cuanto más crece más alumbra y más depende de sí.⁴

De esa concepción teórica de la realidad surgen inspiraciones prácticas para la voluntad:

Así como se entiende en el materialismo filosófico que la materia domina al espíritu, así también en el materialismo histórico se entiende que la materia social domina al espíritu social y directamente al espíritu humano. Cuando se sabe que la materia biológica domina al espíritu, se sabe que, para purificar el espíritu y elevarlo, hay que mejorar sus relaciones con la materia e impedir que ésta lo ahogue o lo torture con sus exigencias inaplacadas. El materialismo histórico, al enseñar, pues, que la *materia social* predomina sobre el espíritu, nos estimula a procurar los cambios de esa materia que más convengan a la liberación y fortificación del espíritu, si deseamos dignificar y elevar al hombre.⁵

³ *Ibidem*, pp. 76-7.

⁴ *Ibidem*, pp. 89-90.

⁵ *Ibidem*, p. 98.

Este punto es el puente de pasaje al tema del tercer ensayo, titulado “Los fines ideales en la concepción materialista de la historia”. No se trata del tema anterior, aunque a menudo se les confunda. Una cosa es la función del espíritu, en cuanto voluntad, inteligencia y conciencia moral humanas, en el proceso de la evolución social, y otra cosa es el papel de los ideales en dicho proceso:

Hablar del “factor espiritual en el materialismo histórico” es referirse, sobre todo, a la función del “voluntarismo” consciente que cabe en esa teoría de la historia: pero no es todavía desentrañar el rol permitido a los ideales desinteresados, a las aspiraciones morales, éticas o jurídicas, en esa militancia de la voluntad y en el cuadro de la influencia efectiva sobre el desenvolvimiento colectivo y la orientación de la historia humana.⁶

El esclarecimiento de ese papel de los ideales resulta de una de las nociones fundamentales del marxismo: la de conciencia de clase. El interés económico de la clase oprimida se sublima en “ideal”. De ahí que el materialismo -adversario del idealismo en el campo de la metafísica- se sublima a su vez en “idealismo” en el campo de los valores:

El concepto que el hombre llega a formarse de lo justo y lo injusto, de lo bueno y lo malo, de lo moral y lo inmoral, tiene sus raíces en la vida con los diversos elementos físicos y materiales que la integran, pues no basta remitirlo al pensamiento, ya que las formas y expresiones de éste no nacen de sí mismas, y el pensamiento no es sino una función cerebral que debe a su vez remitirse al órgano, el cual obedece a las leyes fisiológicas. Cuando comprobamos que el pensamiento social se plasma, en su origen, en la forma de los elementos productores y del aparato económico consiguiente, no nos emplazamos en un plano más materialista que quienes lo hacen surgir de las relaciones del cerebro o del espíritu con la realidad antropológica, natural e histórica. No es más idealista admitir en el hombre conceptos heredados e ideas instintivas (el determinismo económico no los niega) que adjudicarle la virtud de forjar sus ideas con su acción por la estructura económica y por la economía, que son un hecho complejo emanado de la inteligencia y de la voluntad del hombre.⁷

En su especulación filosófica sobre el marxismo, más que los problemas generales del materialismo dialéctico, son los especiales del materialismo histórico los que han preocupado a Frugoni. Y dentro de éstos, su mayor interés intelectual ha sido el de destacar y preservar la misión del espíritu y el ideal en el seno del determinismo económico.

Antonio M. Grompone -ajeno, como sabemos, al materialismo, y crítico filosófico del marxismo en su citada obra sobre las revoluciones sociales- ha comentado así la obra de Frugoni: “Es la solución de un político, de un pensador y de un poeta trabajando armónicamente. En ella lo económico no

⁶ *Ibidem*, pp. 101-2.

⁷ *Ibidem*, pp. 140-1.

excluye el triunfo del espíritu ni las posibilidades de la voluntad; tiende a superar los antagonismos de clase elevándose lentamente sobre el instinto, por la inteligencia y la conciencia moral. Es, en síntesis, una posición optimista y fecunda para la acción".⁸ Este comentario constituye otro índice de la indicada afinidad nacional entre esta dirección "idealista" del marxismo y nuestra filosofía de la experiencia.

⁸ Revista *Ensayos*, N° 1, 1936, p. 75.